

escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¡Qué sé yo cuánta ensalada trae allí! Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

DON ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la córte.

DON ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve usted cómo están los comestibles.

DON ANTONIO.

Cierto.

DON ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

DON ANTONIO.

En efecto.

DON ELEUTERIO.

El cuarto.

DON ANTONIO.

¡Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

DON ELEUTERIO.

Y si hay familia...

DON ANTONIO.

No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

DON ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

DON ANTONIO.

¿Y qué remedio? Ahí no hay más sino armar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que...

DON ELEUTERIO.

¿La ha leído usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

DON PEDRO.

¿La han impreso?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

DON PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy expuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

DON ANTONIO.

¡Qué! No, señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

DON ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha,

SÍ, SEÑOR. DON ELEUTERIO.
Hombre arrebatado, ¿eh?
SÍ, SEÑOR. DON ANTONIO.
Lascivo como un mico, feote de cara; ¿es verdad?
CIERTO. DON ELEUTERIO.
Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes. DON ANTONIO.
SÍ, SEÑOR, SÍ. Lo mismo me le he figurado yo. DON ELEUTERIO.
¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa cómo le pone! Oiga usted, don Pedro. DON ANTONIO.
No, por Dios; no lo lea usted. DON PEDRO.
Es que es uno de los pedazos más terribles de la comedia. DON ELEUTERIO.
Con todo eso. DON PEDRO.
Lleno de fuego. DON ELEUTERIO.
Ya. DON PEDRO.
Buena versificación. DON ELEUTERIO.

NO IMPORTA. DON PEDRO.
Que alborotará en el teatro, si la dama lo esfuerza. DON ELEUTERIO.
Hombre, si he dicho ya que... DON PEDRO.
Pero á lo ménos, el final del acto segundo es menester oírle. DON ANTONIO.
(Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.)
Emperador. Y en tanto que mis recelos...
Visir. Y mientras mis esperanzas...
Senescal. Y hasta que mis enemigos...
Emperador. Averiguo.
Visir. Logre.
Senescal. Caigan.
Emperador. Rencores, dadme favor.
Visir. No me dejes, tolerancia.
Senescal. Denuedo, asiste á mi brazo.
Todos. Para que admire la patria
El más generoso ardid
Y la más tremenda hazaña.
DON PEDRO.
Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate.
(Se levanta impaciente, en ademán de irse.)
DON ELEUTERIO.
¿Disparates los llama usted?
DON PEDRO.
¡Pues no!
(Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se ríe de entrambos.)

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Hombre arrebatado, ¿eh?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara; ¿es verdad?

DON ELEUTERIO.

Cierto.

DON ANTONIO.

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

DON ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa cómo le ponel Oiga usted, don Pedro.

DON PEDRO.

No, por Dios; no lo lea usted.

DON ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos más terribles de la comedia.

DON PEDRO.

Con todo eso.

DON ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

DON PEDRO.

Ya.

DON ELEUTERIO.

Buena versificación.

DON PEDRO.

No importa.

DON ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro, si la dama lo esfuerza.

DON PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que...

DON ANTONIO.

Pero á lo ménos, el final del acto segundo es menester oírle.

(Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.)

Emperador. Y en tanto que mis recelos...

Visir. Y mientras mis esperanzas...

Senescal. Y hasta que mis enemigos...

Emperador. Averiguo.

Visir. Logre.

Senescal. Caigan.

Emperador. Rencores, dadme favor.

Visir. No me dejes, tolerancia.

Senescal. Denuedo, asiste á mi brazo.

Todos. Para que admire la patria

El más generoso ardid

Y la más tremenda hazafia.

DON PEDRO.

Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(Se levanta impaciente, en ademán de irse.)

DON ELEUTERIO.

¿Disparates los llama usted?

DON PEDRO.

¡Pues no!

(Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.)

DON ELEUTERIO.

¡Vaya, que es tambien demasiado! ¡Disparates! ¡Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia! Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiár.

DON PEDRO.

¿Y esto se representa en una nacion culta?

DON ELEUTERIO.

¡Cuenta, que me ha dejado contento la expresion! ¡Disparates!...

DON PEDRO.

¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

DON ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el Emperador, el Visir y el Senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡Disparates! ¡Cuidado que!...

PIPI.

No haga usted caso.

DON ELEUTERIO.

(Hablando con Pipi hasta el fin de la escena.)

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser más natural ni más ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El Visir está rabiando por gozar de la hermosura

de Margarita, hija del Conde de Strambaugum, que es el traidor...

PIPI.

¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

DON ELEUTERIO.

Pues, como digo, el Visir está loco de amores por ella; el Senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el Conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al Emperador contra él; de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa más natural.

(Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.)

Y en tanto que mis recelos...

Y miétras mis esperanzas...

Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! ¡á qué buena ocasion llega usted!

(Sale don Hermógenes por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

DON HERMOGENES, DON ELEURERIO,
DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

DON HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

DON PEDRO.

A la órden de usted.

DON ANTONIO.

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

DON ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el Diario; lee para sí, y á veces presta atención á lo que hablan los demas*) para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

DON HERMÓGENES.

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted sólo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el más ameno de nuestros días, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

DON ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

DON HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion...

DON ELEUTERIO.

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

DON HERMÓGENES.

Estas prondas si que merecen admiracion y encomio.

DON ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

DON HERMÓGENES.

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorumpido en un aserto tan...

DON ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada más.

DON HERMÓGENES.

Si diré; pero ántes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulae, aliae simplices, aliae implexae.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de plegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

DON ELEUTERIO.

Hombre; pero si...

DON ANTONIO.

(*Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*)

Yo reviento.

DON HERMÓGENES.

Cai gar ai praxeis an mimeseis oi...

DON ELEUTERIO.

Pero...

DON HERMÓGENES.

Mythoi eisin i archousin.

DON ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

DON HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnición, ó anagnórisis, partes necesarias á toda

buena comedia, y que segun Escaligero, Vosio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

DON ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero...

DON PEDRO.

Este hombre es loco.

DON HERMÓGENES.

Si consideramos el origen del teatro, halláremos que los megareos, los sículos y los atenienses...

DON ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, sino...

DON HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxipo, Anaxáridos, Eúpolis, Antiphanes, Philipides, Cratino, Crátes, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

DON ELEUTERIO.

Si le he dicho á usted que...

DON HERMÓGENES.

Y los más celeberrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *ne mine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena*...

DON PEDRO.

Adios, señores.

(*Se encamina hácia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.*)

DON ANTONIO.

¿Se va usted, don Pedro?

DON PEDRO.

¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oír eso?

DON ANTONIO.

Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero, que la pieza consabida, léjos de ser un desatino...

DON HERMÓGENES.

Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

DON PEDRO.

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo, que por lo que el señor ha leído de ella y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no más. Adios, señores. (*Hace que se va y vuelve.*)

DON ELEUTERIO.

(*Señalando don Antonio.*)

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

DON PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores, que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas más que por el ingenio por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, dí-

ganle en caridad que se deje de escribir tales desvarios; que áun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras ésta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nación, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente basta para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

DON HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su epístola diez y ocho, que..

DON PEDRO.

Séneca dice en todas sus epístolas, que usted es un pedanton ridículo, á quien yo no puedo aguantar. Adios, señores.

ESCENA V.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, PIPI.

DON HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! (*Encarándose hácia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.*) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos más delicados del Derecho!

DON ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias, cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

DON HERMÓGENES.

Él será el pedanton.

DON ELEUTERIO.

¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo ménos quince dias! Y si empieza á llover.

DON HERMÓGENES.

Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

DON ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de usted, señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

DON ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

DON ANTONIO.

Sí, señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

DON ELEUTERIO.

Buen pensamiento: sí, vaya usted.

DON ANTONIO.

En mi vida he visto locos más locos.

ESCENA VI.

DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO,

DON ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya,

que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oírle!

DON HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, don Eleuterio. Quiero decir, que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo...

DON ELEUTERIO,

¡Oh!

DON HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que...

DON ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos; tan completo como usted, ninguno.

DON HERMÓGENES.

Que reuna el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. ¿ Eh?

DON ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar: es más claro que el sol que nos alumbra.

DON HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir más lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol, delante de cuarenta ó cincuenta personas.

DON ELEUTERIO.

¡Picardía! Y usted ¿qué hizo?

DON HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filósofo: callé, tomé un polvo, y me fuí á oír una misa á la Soledad.

DON ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

DON HERMÓGENES.

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero dígame usted: ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la comedia?

DON ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último, hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

DON HERMÓGENES.

¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion más crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando...

DON ELEUTERIO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

DON HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero... El hombre más ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza...

DON ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me den el dinero: pagarémos á ese bribon; y si tiene usted algun pico en la hostería, tambien se...

DON HERMÓGENES.

Sí, áun hay un piquillo; cosa corta.

DON ELEUTERIO.

Pues bien: con la impresion lo ménos ganaré cuatro mil reales.

DON HERMÓGENES.
Lo ménos. Se vende toda seguramente.
(*Vase Pipi por la puerta del foro.*)

DON ELEUTERIO.
Pues con ese dinero saldremos de apuros; se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy mujer; ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con pálio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada; ¿qué sé yo? Ello es que el Ministro le estima á usted: ¿no es verdad?

DON HERMÓGENES.
Tres visitas le hago cada dia.
DON ELEUTERIO.
Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán...

DON HERMÓGENES.
Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

DON ELEUTERIO.
¿Y qué dice?

DON HERMÓGENES.
En uno de ellos puse por lema aquel célebrimo dicho del poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

DON ELEUTERIO.
¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

DON HERMÓGENES.
Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

DON ELEUTERIO.
¡Pues no le digo á usted! Vamos, eso está conseguido.

DON HERMÓGENES.
Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacco friget Venus*. Y entónces, ¡oh! entónces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.
DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA,
DON SERAPIO, DON HERMÓGENES,
DON ELEUTERIO.

(*Salen por la puerta del foro.*)

DON SERAPIO.
El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.